

NOVELA IIII

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

LA ALBORADA DEL RUISEÑOR



DAURO

© Francisco Gil Craviotto, 2019.

© Ediciones Dauro, 2019.

Primera edición impresa noviembre 2019

Edición digital noviembre 2019

Retrato de solapa realizado por Dulcinea Enamoneta

«Reservados todos los derechos de conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquiera tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Ediciones Dauro S.L.

www.edicionesdauro.com

edicionesdauro@edicionesdauro.com

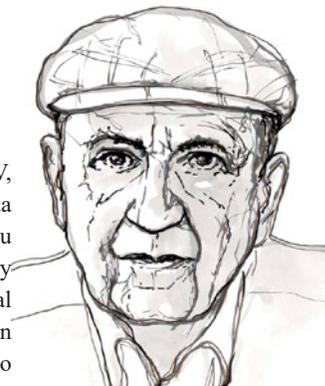
Depósito legal:

ISBN edición impresa: 978-84-17458-85-0

Impreso en España — Printed in Spain

Francisco Gil Craviotto

Licenciado en Letras por la Universidad de París IV, miembro de la Academia de las Buenas Letras de Granada y Medalla de Oro de dicha ciudad por el conjunto de su obra literaria, aunque ha cultivado la biografía, el retrato y la semblanza, siempre ha mostrado una predilección especial por la novela. Precisamente inició sus publicaciones en esta editorial con la novela *La cueva de la azanca*, un libro denso y marcadamente denunciador. Ahora nos trae esta nueva narración, *La alborada del ruseñor*, que su autor califica como una historia de amor y dolor. Pero, a esa historia de amor y dolor, también van unidas otras historias y otros personajes que hacen de esta novela un libro múltiple y complejo, a la vez que crítico y comprometido, en el que, a través de un estilo sencillo y siempre evocador, brilla una decidida exaltación de la naturaleza y un continuado canto a la libertad. Gil Craviotto también viene realizando una callada labor como traductor y divulgador de autores franceses. Ha escrito importantes artículos sobre Voltaire, Mérimée, Guy de Maupassant, Mirbeau, Henri Bosco, entre otros.



“La prosa limpia y certera de Gil Craviotto ha campeado en los afilados perfiles de los personajes de sus novelas, en la precisión de los rasgos de los escritores y artistas a los que ha dedicado sus retratos y semblanzas, en la perfecta ambientación de sus relatos.”

Rafael Guillén

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

LA ALBORADA
DEL RUISEÑOR

DAURO

DAURO

La alborada del ruseñor nos pone en contacto con lo más puro y eximio del pensamiento del escritor reflexivo, ordenado y cabal que es Francisco Gil Craviotto, dueño de una prosa tan elegante, tan limpia y tan sosegada que hay momentos en que pareciera que está escrita de puntillas, una prosa despejada, juiciosa e intachable, en la que tanto la emoción ética, como la estética se convierten en el germen inspirador de una novela con vocación educadora que desdeña el odio como mensaje, sin renunciar por ello, a ejercer una crítica implacable contra la injusticia y la lacra moral que representan los fanatismos, tanto religiosos como políticos.

Celia Correa

DAURO

A mis amigos de la tertulia de los jueves.

DAURO

PRIMERA PARTE

EL PUEBLO DESHABITADO

I

Cuando Víctor Alderas llegó a Soto de Arriba hacía más de un año que se había marchado el último habitante del pueblo. Una vieja que sus hijas se la llevaron a la ciudad. Cerró llorando la puerta de su casa, porque sabía que jamás la volvería a abrir. Víctor aparcó en la plaza, a la sombra de un inmenso castaño de indias. Al salir del coche, abarcó con la mirada toda la soledad que le rodeaba. Lomas, cerros, barrancos, vaguadas..., y un horizonte de sierras que se perdía en la lejanía. Ni una sola persona en la plaza ni en las calles que partían de ella. Nadie en todo el panorama que la vista podía contemplar. Todas las casas con las puertas y ventanas cerradas. En algunas aún estaban intactas, aunque secas, las macetas de flores que en su día adornaron balcones y terrazas. En el centro de la plaza una fuente con tres caños seguía manando agua que nadie habría de beber ni contemplar y, no muy lejos del punto en donde había dejado el coche, en un edificio que, en tiempos mejores, debió ser el Ayuntamiento del pueblo, todavía permanecía intacta y en su sitio el asta de la bandera. Víctor comenzó a recorrer a pie las principales calles de la aldea. En una de ellas no pudo llegar hasta el final porque el derrumbe de una casa había cortado, justo en la mitad, la calle. Otra calle, que muy pronto se hizo camino, le llevó hasta el río. Un río de escaso caudal, poblado de álamos y helechos, que Alderas encontró muy de su agrado. Se sentó sobre unas rocas, a la sombra de unos chopos, a contemplar el paisaje y disfrutar de la naturaleza. A los pocos minutos de llegar un coro de ranas y sapos le dio la bienvenida. Este

recibimiento del río lo llenó de alegría y optimismo. Cuando media hora después volvió a la plaza ya lo tenía decidido: se quedaría a vivir en este pueblo.

Lo primero de todo era saber en qué casa se iba a instalar. Había más de diez casas de aspecto aceptable, todas con las puertas cerradas, pero él sabía muy bien que eso no sería un obstáculo para instalarse en una de ellas. Como tenía para elegir todas las casas del pueblo, decidió que la preferida debía ser la mejor y que debía tener, al menos, dos pisos, jardín y garaje. Muy pronto se dio cuenta que sólo había una casa que contase con todos esos privilegios. Estaba precisamente en la plaza, justo en frente de donde él había aparcado el coche. Debía haber sido del hombre más rico del pueblo, acaso del cacique y, aunque desde la calle era imposible ver su interior, todo hacía pensar que dentro debía gozar de muchas comodidades. Víctor miró la puerta, enormemente fuerte y cerrada, y las ventanas, todas con rejas y también cerradas. Pensó que esta casa debía tener un jardín y que este jardín debía tener acceso por la calle de atrás; pero, antes de intentar dar con el jardín, fue al coche, buscó la caja de las herramientas y con ella en la mano se decidió a iniciar el asalto del jardín. En menos de un cuarto de hora cedió la puerta. Entró, como amo y señor de sus nuevos dominios. Ante él se extendía un jardín enorme, todo lleno de hierbas y salpicado de árboles frutales, la mayoría de ellos en un estado lamentable. Observó que la tierra debía ser muy buena, pues las malas hierbas habían crecido enormemente, ahogando flores y árboles, hasta una altura desmesurada. Esta feracidad de la tierra le agradó bastante. Mucho más cuando descubrió que el jardín tenía un pozo y el pozo, según comprobó lanzándole una piedra, tenía agua. Era precisamente lo que él deseaba. Provisto de martillo, tenazas y ganzúa, tampoco tardó mucho en abrir la puerta que comunicaba el jardín con la cocina. Una vez en la cocina, tuvo acceso a todas las habitaciones de la casa. No

había muebles, no había cortinas y en las paredes se notaban las huellas de donde estuvieron los cuadros, pero el edificio, a pesar del polvo y el desamparo de estar muchos años vacío y cerrado, presentaba un aspecto agradable. Amplias ventanas, preciosa chimenea, habitaciones espaciosas y sin humedad. Una escalera de ladrillos rojos y mampelanes de madera conducía al piso de arriba. Allí encontró cuatro dormitorios y, detalle que le llamó extraordinariamente la atención, uno de los dormitorios tenía una cama con su colchón, armario, coqueta y mesa de noche. ¿Por qué los antiguos propietarios no se habían llevado los muebles de ese cuarto? Misterio insondable, que acaso un día lograría descubrir. Al fondo del pasillo estaba el cuarto de baño, un poco anticuado pero aceptable, y, justo en la mitad, había una puerta que, como él imaginó muy bien, daba a una terraza. Deseoso de conocerlo todo, abrió la puerta y se encontró con la novedad de que más de la mitad de la terraza estaba ocupada por placas solares. Volvió al interior, buscó la palanca de la electricidad, la subió y luego fue a los cuartos para ver si había luz: la mayor parte de las lámparas se encendieron y, las que no se encendieron, es porque se habían llevado las bombillas. Aprovechó la visita a los dormitorios para retirar del balcón de uno de ellos el letrero “SE VENDE”. Así, pensó, evitaba que un futuro comprador entrase en la casa y lo echase a patadas. Era algo bastante improbable, pero casos más raros se habían producido en el mundo. Dejó el letrero en un rincón del dormitorio y volvió a la terraza para contemplar desde la altura el jardín y aún fue mejor la sensación que tuvo de sus nuevos dominios. Sentado en el pretil de la terraza Víctor se hizo la pregunta que cualquiera se hubiese hecho ante la misma situación: ¿Cómo podía ser que una casa tan estupenda hubiese sido abandonada por su propietario? Pero en seguida él mismo encontró la respuesta a su pregunta: Todas estas comodidades de poco te pueden servir, si un día necesitas una barra de pan y

descubres que no hay panadería en el pueblo, si te pones malo y sabes que no hay médico ni farmacia, si te mueres y ni siquiera tienes quien te entierre. Sin embargo él estaba dispuesto a sufrir todas esas impertinencias con tal de disfrutar de la paz de esa aldea perdida entre montes y malezas. Acaso la soledad, pensó, lograrse curar, o al menos aliviar, el mal que le devoraba el alma.

II

Era casi medio día y empezó a sentir hambre. En el coche tenía un bolso con varios bocadillos, que había comprado antes de iniciar el viaje. Aunque el coche estaba a muy pocos metros, prefirió dejar intacta la puerta principal de la casa y dar la vuelta por el jardín y la calle de atrás. Abrió el coche, tomó uno de los bocadillos y la bota de vino y, sentado en un banco de la plaza, comenzó a devorarlo. La esplendidez del día, pensó, ayudaba a tener buen apetito. No llevaba ni la mitad del bocadillo cuando se encontró con un invitado sorpresa: un perro vagabundo que, acuciado por el hambre, iba buscando, no sin cierto miedo, las migajas de pan que a él se le caían. Comprendió que el invitado sorpresa debía tener más hambre que él y, al momento, le dio la mitad de lo que le quedaba.

—¡Toma!

El perro cogió al aire el trozo del bocadillo y, en menos que se dice, lo había liquidado.

—¿Tienes hambre, eh? ¿Cuántos días llevas sin comer?

El perro lo miraba sumiso y agradecido y él terminó por darle lo que aún le quedaba del bocadillo. El perro, perdido el miedo, se echó a sus pies. Era la señal de que, desde ese momento, lo consideraba su amo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

El perro seguía mirándolo. Su expresión parecía decirle: ¿Acaso no sabes que los perros no sabemos ni podemos hablar? Víctor volvió a tomar la palabra:

—Bueno. Habrá que ponerte un nombre. A ver, ¿qué día es hoy? Cuatro de octubre, San Francisco. Ya está: te llamarás Paco. ¿Te gusta el nombre? Quiere decir padre de la comunidad. Seguro que tú también eres padre de más de un perro que anda por ahí.

Víctor le pasó la mano por el lomo y, al momento, quedó horrorizado: el perro tenía todo el cuerpo lleno de garrapatas. Algunas eran tan gordas como un garbanzo. Víctor sabía que las garrapatas no se deben arrancar de un tirón, porque en ese caso las patas del parásito se quedan adheridas a la piel del perro y le producen irritaciones y eccemas. Tratando de encontrar solución al problema se acordó de que en la guantera del coche tenía una cajita con hilo y aguja. Era una precaución, que su madre le había inculcado desde que tuvo el primer coche, que cada vez que se le cayó un botón, le fue de gran utilidad. Fue al coche en compañía de Paco, que ya no se separaba de él ni medio metro, buscó la aguja y, provistos de tan eficaz y pequeña arma, volvieron los dos al banco. Víctor le mandó a Paco que subiera al banco y se tumbara. El perro obedeció al instante. Con una mano iba buscando, entre el pelaje los parásitos, y con la otra los pinchaba. Un líquido sanguinolento brotaba de los animaluchos que, poco después, caían al suelo. Algunas garrapatas, aunque moribundas, todavía se atrevían a andar; otras caían muertas panza arriba. Víctor se apresuraba a aplastar unas y otras de un certero zapatazo. El perro comprendía lo que estaba sucediendo y se mantenía inmóvil, mirando de vez en cuando a su nuevo amo. Las baldosas de la calle se iban llenando de unas manchas pegajosas que muy pronto una turba de moscas hambrientas invadió. Cuando Víctor dio por terminada la operación, volvió

al coche, buscó la caja del botiquín y luego extrajo de él el frasco del alcohol. Desinfectó la aguja y se desinfectó las manos. Pero sabía muy bien que su batalla contra las garrapatas no había terminado y, dispuesto a continuarla hasta el final, decidió bajar al pueblo más próximo donde, estaba seguro, habría de encontrar todo lo que necesitaba. Invitó a Paco a ocupar el asiento de atrás y en seguida puso el coche en marcha. Entre un pueblo y el otro había nueve kilómetros, que él, sin prisas, los hizo en veinte minutos. Una vez en Soto de Abajo, Víctor dejó a Paco al cuidado del coche y él fue a buscar la tienda que le interesaba. Estaba en una calle próxima a la plaza y tenía en la fachada un letrero, gastado por los años, que decía: “Perfumería y droguería de doña Pilar”. En el momento que él llegaba la hija de doña Pilar iba a cerrar. Cuando le explicó lo que le llevaba hasta allí la señora le respondió afirmativamente. Sí, claro que tenía insecticidas para animales domésticos. Sí, las garrapatas son el gran enemigo de perros, cabras, ovejas y otros animales. Víctor aprovechó también para comprar otro insecticida para las avispas y un matarratas, pues una casa cerrada durante tanto tiempo, se había convertido en el paraíso de ratas y ratones. De allí fue a la carnicería. Pidió un par de filetes para él y una bolsa de huesos y desperdicios para el perro. Cuando, provisto de todas las compras, volvió al coche, Paco, despojado de la mayor parte de sus parásitos, dormía plácidamente. Al instante iniciaron el camino de regreso.

De nuevo en Soto de Arriba, Víctor procedió a la primera cura contra las garrapatas. Se llevó una gran sorpresa al ver que, al bañar con el insecticida el cuerpo del perro, aún cayeron al suelo varias garrapatas. ¡Y él que creía que las había eliminado completamente! La siguiente cura fue una semana después. Su finalidad era eliminar la última generación de parásitos, las nacidas después de la cura anterior ya que el insecticida no atacaba a los huevos.

Por la tarde Víctor inspeccionó el garaje. Sintió gran alegría al ver que todas las herramientas del jardín estaban arrinconadas en la parte trasera del garaje. Incluso había una regadera, varios cubos y un aparato para el insecticida y fungicida de las plantas. Esto le permitiría comenzar al día siguiente sus primeros trabajos para adecuar el jardín. También inspeccionó la buhardilla. Estaba en el último piso de la casa. Allí, además de libros, cuadernos y fotos olvidadas, encontró sillas, mesas y sillones, todavía en buen uso, e incluso un sofá. Se bajó una mesa, una silla y un sillón. No tenía necesidad de más.

III

Comenzó al día siguiente los trabajos del jardín. Víctor se vistió un mono que traía en el coche, buscó las herramientas que había en el garaje y se dispuso a iniciar su faena. ¿Por dónde comienzo?, se preguntó. Todo el jardín estaba invadido por las malas hierbas. Las más abundantes eran malvas, jaramagos y ortigas. También había zonas llenas de pegajosas y correderas. Lo primero de todo era eliminar todas las malas hierbas. Algunas de ellas se habían hecho fuertes y tenían raíces profundas. Con las tijeras de podar fue cortando las ramas de malvas y jaramagos y luego, con la azada, empezó a eliminar las raíces, algunas bastante profundas y vigorosas. A pesar de la falta de cuidado y los correspondientes riegos, los frutales habían sido generosos y casi todos tenían fruto. Víctor echó una ojeada al jardín para hacer el recuento de árboles y vio que tenía al menos un árbol de cada variedad frutícola, de algunas incluso dos o tres. Empezó a contar: dos naranjos, dos cerezos, dos manzanos —uno rojo y otro amarillo—, un albaricoquero, un ciruelo, un limonero,

un melocotonero, un membrillero, una higuera, una brevera... Había además en el porche cuestión de tres o cuatro parras que daban sombra y unas uvas de gran calidad. Al eliminar las malas hierbas surgieron algunos arbustos —rosales, celindos, mundos—, y otras flores más pequeñas que, ahogados por la maleza, aún pervivían. El jardín, limpio de hierbas y labrado, parecía más grande y suntuoso. Era el paraíso al alcance de la mano lo que allí se le ofrecía.

Cuando al cabo de casi una semana de trabajo estaba todo el jardín limpio de malas hierbas y con la tierra labrada, Víctor se sentó en el poyo del porche a comerse un par de manzanas y a contemplar su obra. Ya tenía decidido qué parte iba a dedicar a sembrar habas, qué parte a patatas, a guisantes, lechugas, endibias, ajos, cebollas, tomates, etc., etc. Lo primero de todo serían las habas. Era la época. Después, a medida que avanzaran los días, iría sembrando todo lo demás.

Su deseo era, en cuestión de unos seis meses, lograr autoabastecerse. Para eso tenía que comprar media docena de gallinas, lo que le permitiría estar surtido de huevos. Sin embargo había dos productos, indispensables para la alimentación, que jamás se los podría dar el huerto ni el corral adjunto que ya había encontrado al final del jardín: el pan y el aceite. No tendría más remedio que ir a surtirse al pueblo de abajo o a la capital. Lo mismo le ocurriría con la carne, la sal, el azúcar, el té y el café. Al fin había llegado a la conclusión de que la emancipación total del mundo, que él tanto deseaba, era imposible.